

Tercera serie

Hemos de volver a insistir sobre un tema que ya en otras ocasiones ocupó nuestro comentario. Y con decir que la sola escrituración del mismo nos llena de rubor y de bochorno, todo el mundo comprenderá que nos referimos a las voces escandalosas que se oyen en nuestras salas de espectáculos, rebuznos que convierten en procacidad ciertas escenas de algunas películas.

No contentos con alfombrar el piso de cacahuetes o de comentar en tono audible la trama que en la pantalla se proyecta, nos ha salido ahora esa tercera serie de mal educados que, como decimos, subrayan con voces y ocurrencias de mal gusto todas las situaciones que se prestan a un doble o hasta un triple sentido.

Pero es que aquí el suceso ocurre sin que nadie se preocupe de cortarlo. Incluso en los cines de barriada de las grandes capitales el público mal educado recibe la debida amonestación y, en ciertos casos, según el calibre de la falta o la torpeza en cometerla, es puesto sin contemplaciones de patitas en la calle.

¿Cuándo vamos pues nosotros a sanear los salones públicos? A nadie quepa la menor duda que un solo ejemplo bien dado bastaría para que el mal educado se asfixiara en su propia bilis de gamberro. ¿O es que quizás se pretende que sea el público bien educado quienes se queden en casa?

Mucho nos gustaría que, con la suficiente autoridad de quienes pueden y quienes deben, nos contestaran honradamente esta pregunta.

HECHO SINTOMA

AHORA LAS TRES G G G

He aquí que ya estamos llamados a colquio, por obra y gracia de las tres M M M de nuestro distinguido amigo y compañero de redacción J. Vallverdú. A.

El primer compareciente lo ha sido Xavier, también apreciado amigo y compañero de Redacción. El ha aportado tres P P P.

Ahora yo me permito acercarme a este colquio, cargado con tres G G G. Ahí están.

Guerra.— Esta g que abre la marcha militar a sus compañeras y que para pronunciarlas la hacen abrir la boca a uno, como si fuera a tomar aliento, ha venido metiendo mucho ruido entre la humanidad; puede decirse que desde los tiempos de Caín y Abel. Se han sacado a relucir muchos argumentos para justificar la puesta en escena de esta letra y las que le siguen. Que si somos demasiados en el mundo, que si las primeras materias. Hay quien dice que es un proceso biológico del género humano. Algo así como un bicho raro que nace, crece, se reproduce y muere. Con la diferencia de que con esta g y sus compañeras no se trata de morir, sino de matar.

Las estadísticas nos enteran que el hombre, desde que se mueve encima de esta corteza llamada terrestre, ha pasado mucho más años guerreando que disfrutando de la paz. Esta, se ve que a la corta o a la larga le resulta un aburrimiento y necesita salir por ahí a distraerse con esto de la guerra.

Al final de cada manifestación de este proceso biológico, los hay que se reúnen y se hacen el propósito de no volver a las andadas. Ponen la g y las otras encima la mesa para estudiar el caso, como si se tratara de unos forenses dispuestos a atajar un mal endémico. Pero cada vez resulta ser un caso deshaciéndose. Nunca se quiere recordar la última vez.

En verdad, esta g vive en medio de la desgracia.

Gamberro.— He aquí otra g que no es ninguna maravilla y en cambio resulta ser una plaga a añadir a las siete de Egipto. A lo que

mejor es consecuencia de la anterior g de guerra. Ya había algún bichito de esta especie, antes de nuestros tiempos. Se les llamaba desaprensivos. Ahora, como su paso se deja sentir bastante, como si fuera una Marabunta, se ha buscado para él una palabra que también llene: gamberro.

Como vivimos en un tiempo de muchas clases de insecticidas, también lo buscamos para esta g y sus siete compañeras. A veces este insecticida, se transforma para el gamberro en una escoba y a barrer las calles. Y como el gamberro suele tener algo de presuntuoso, con esta aplicación anti-insecticida se va achicando, achicando, atajando así sus arrestos de «machote». (Otra M señor Vallverdú).

Este año, con este frío, quizá haya resultado afectada la plaga. Pero no fiarse, la larva existe. Esta primavera que se avecina, nos lo demostrará. Por esto hay que estar siempre prevenidos a fumigar allí donde sea. Y cargar la dosis.

Vaya g, esta del gamberrismo.

Garantía.— Esta ya es otro cantar. Esta g quiere ser divertida.— Se lo garantizamos por un año. Y luego, ¿qué? Con lo que resulta que esta g pone en ridículo a toda la manufactura actual, porque antes, esta palabra no era necesaria.

Otro aspecto.— Yo le garantizo, por mi palabra de honor. . . .

Y esta palabra sonaba a grandiosidad, a maravilla. Era todo el compendio de una seriedad puesta a prueba.

—Yo le garantizo, por mi palabra de honor. . . .

—Si, no lo dudamos, pero si esta garantía pudiera ir acompañada, de algo más, de . . . qué le diré yo, no tiene algo que garantice estas buenas voluntades, este estímulo de que nos habla. Alguna casita, alguna «lámina», etc.

¡Hay pobre g de garantía, como te has puesto, o como te han puesto! Aun que acompañada de una vocal y aunque parezca que como tus amigas, sirvas para llenar la boca de cierto énfasis te has visto convertida en una pobre g.

Lorens.